

JUEGO DE DAMAS

MARTA SANZ

A Edmund Crispin lo que más le gustaba era "nadar, fumar, leer a Shakespeare, escuchar óperas de Wagner y Strauss, vagar y mirar a los gatos". Al leer la novela también se hace evidente lo que no le gustaba: no puede ni ver a D.H. Lawrence. Igual que Stella Gibbons, Crispin —de ambos sabemos más gracias a *Impedimenta*— arremete en clave humorística contra la cultura de prestigio contemporánea para reivindicar propuestas más

II GERVASE FEN, PROFESOR OXONIENSE DE LITERATURA, SE INSERTA DENTRO DE UNA TRADICIÓN CASI REACCIONARIA EN LA QUE LA EXCENTRICIDAD NO SE OPONE AL CONSERVADURISMO

cercanas al gran público. Mrs. Gibbons lo logra a través de la parodia de la gran novela inglesa; Mr. Crispin lo hace por medio de una novela enigma, que entronca con Leroux y Carter Dickson, de elegante e irónico humor inglés.

Gervase Fen, profesor oxoniense de literatura, se inserta dentro de una tradición casi reaccionaria en la que la excentricidad no se opone al conservadurismo. Una actitud muy *british*, quizá *high class*, algo *snob*, que encaja con la crítica al

LA JUGUETERÍA ERRANTE. UN MISTERIO PARA GERVASE FEN
Edmund Crispin
Trad. José C. Vales
Impedimenta
20,00 euros | 312 páginas



siglo XX y es prodigiosamente hábil para conciliar el arriba y el abajo en las arenas movedizas del "gusto" estético. El mundo está bien hecho, aunque a veces se desmanda y resulta intelectualmente vivificador hacer que las aguas vuelvan a su cauce. Fen no tiene nada que ver con los compasivos policías de la estirpe de Maigret, sino con esos detectives deductivos que no cuestionan la legitimidad de la pena de muerte —su mala conciencia no los destruye— y convierten la investigación en partida de damas infernal, desciframiento del jeroglífico. El relato se hace matrioska, caja china, efecto óptico, imposibilidad: como la de cometer un crimen en una determinada habitación en un momento determinado. Las aventuras de Fen añaden a lo anterior la rapidez del *thriller* —imaginamos a un Rouletabille a la carrera, pero no al orondo sir Henry Merrivale de Dickson—, la velocidad de la acción, las estrategias del cinematógrafo y de una cultura de masas que se complace en el más difícil todavía. El lector recuerda *Esos chالados y sus locos cacharros* en las páginas

de persecuciones a las que se van uniendo equipos de remo, borrachos de taberna, colegiales, para conseguir confusión y comicidad: la tolerable anarquía del caos momentáneo, el disparate preso en un bote de cristal. La hipérbole se usa como ingrediente humorístico al que se suma lo trepidante en las escenas protagonizadas por el coche de Fen, Lily Christine III: sus neumáticos dejan marcas sobre el pavimento y sobre la quietud académica de un Oxford borracho y poco contemplativo. En el desenlace se produce una persecución dentro de la intermitente oscuridad de un cine que se encadena magistralmente con otra en un ti vivo desbocado: no importan el suspense ni la identidad del asesino, sino el vértigo y los efectos especiales.

Se revela la antipatía de Crispin por la Alta Cultura contemporánea cuando el epatante Fen y su amigo el poeta Richard Cadogan juegan a enumerar Libros Infumables: el *Ulises*, todo Rabelais, el *Tristram Shandy*, *La copa dorada*. ... También les resultan odiosos Jane Austen, Dostoievski, Marx y el teatro

contemporáneo. En *El sillón maldito*, Gastón Leroux activaba su sentido del humor al ocupar una silla de la Academia francesa con un analfabeto. Crispin se coloca sobre la misma línea satírica, pero con una elocución que subraya su clase por encima del saber del vulgo. *La juguetería errante* puede leerse como una crítica pedante a la pedantería misma. Como si su autor dijera: "Podría hacer perfectamente algo tan plúmbeo, prestigiado o grosero como Lawrence, pero prefiero esta ligereza, este pasar el rato..." Aunque solo fuese por responder a la pregunta de si Crispin podría, merece la pena leer

